

# Vânia Bambirra, *El capitalismo dependiente latinoamericano*

Por Gibrán Domínguez\*

Entre 1944 y 1971 la economía global presentó un crecimiento sostenido que se caracterizó por una fuerte intervención estatal, un control en los mercados financieros, el creciente protagonismo de las empresas transnacionales y prácticamente la ausencia de crisis económicas. Se suele hablar del periodo como “la edad de oro” del capitalismo y para varios países de América Latina representó el momento en el que los procesos de industrialización se aceleraron y profundizaron.

En 1974, cuando el Franklin National Bank –entonces uno de los 20 bancos más grandes de Estados Unidos– anunciaba su quiebra, después de décadas sin crisis en el mundo occidental, y a un año del golpe de Estado contra Salvador Allende, Vânia Bambirra publicó *El capitalismo dependiente latinoamericano*, un libro que ofrecía otra lectura de los efectos y las contradicciones de ese periodo de capitalismo coordinado que estaba llegando a su fin. Más que el inicio de una “edad de oro”, la posguerra de 1945 fue, para Vânia Bambirra, el comienzo de una integración monopólica global. En América Latina esa integración tuvo, como algunos de sus rasgos, la ascendente participación de las empresas multinacionales y la desnacionalización de las economías locales. Y en ese transcurso, las oligarquías y las burguesías nacionales latinoamericanas se vieron obligadas a redefinir –no sin resistencias– su forma de convivir con los capitales externos a través de acuerdos y concesiones que renovaban constantemente.

La observación de Bambirra toma distancia de los conceptos y las soluciones de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) que, a su decir, sólo intentaban justificar el tipo de desarrollo en la región en lugar de explicarlo. Bambirra, en cambio, propuso nuevas categorías que sirvieran de base “no propiamente a una nueva teoría del desarrollo, sino más bien a una teoría de la dependencia” (pág. 7). Es que hablar de dependencia no es ubicarse en una posición simplista que responsabiliza de los problemas locales a fenómenos externos y coactivos o a las torpezas de las clases en el poder, sino que es definir y entender el carácter condicionante concreto que las relaciones entre los Estados hegemónicos y los países periféricos

\* Internacionalista por la Universidad Autónoma de Nuevo León, México. Maestro en Estudios Latinoamericanos por la UNAM y candidato a doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma Metropolitana, Cuajimalpa. En 2021 recibió mención honorífica en el concurso de ensayo político del ITAM con el texto “Las trampas del multiculturalismo. Pueblos indígenas y representación en el sistema democrático liberal”. Líneas de investigación: instituciones públicas, judicialización de derechos humanos y derecho parlamentario. E-mail: <gibran.dominguez@cua.uam.mx>.

tuvieron –y tienen– en la conformación de determinadas estructuras económicas, políticas y sociales. Vania Bambirra puntualiza que tanto los países capitalistas desarrollados como los países periféricos componen una misma unidad histórica que hizo posible el desarrollo de unos e inexorable el atraso de otros. Porque ese atraso de los países dependientes es condición y consecuencia del desarrollo en las grandes potencias capitalistas.

La autora elabora una tipología de los Estados latinoamericanos, que guía y ordena el contenido del libro, y que da cuenta de los procesos de industrialización. Para este efecto, agrupa los países en dos:

A) aquellos que para el fin de la Segunda Guerra Mundial ya contaban con una considerable y diversificada base industrial (Argentina, Brasil, México, Chile, Colombia, Uruguay), y

B) los otros, cuya industrialización se profundizó de la mano del auge económico de la posguerra (entre ellos Perú, Venezuela, Guatemala, Bolivia, El Salvador, Nicaragua, etcétera).

Ambos tipos de países comparten, desde que surgieron como Estados independientes, una base fincada en la exportación de materias primas, y con frecuencia en las economías de enclave.

En los países del tipo A, la industria da los primeros pasos durante la primera globalización, esa época (1870-1914) en la que un intercambio comercial internacional entonces sin precedentes ocurría impulsado por los avances tecnológicos de la segunda revolución industrial. Las divisas que la exportación de materias primas dejaba en este tipo de países permitieron la importación de equipamientos, maquinarias e insumos para elaborar los bienes que antes se importaban y que eran sobre todo complementarios al sector exportador. El estallido de la Gran Guerra en 1914 y de la gran depresión de 1929 aceleraron el proceso, pues las industrias nacionales fueron cubriendo la demanda de productos manufacturados que no podían seguir siendo importados.

Las transformaciones industriales se manifestaron en una nueva organización social que se asienta sobre las relaciones capitalistas de producción: por un lado, los propietarios de los medios de producción y, por el otro, la oferta libre de la fuerza de trabajo. Nacen así los proletariados y las burguesías nacionales, e incluso las clases medias, pero no desaparecen las oligarquías –casi siempre terratenientes– ni las otras formas de trabajo precapitalistas que las sustentan. Tal será el panorama en estos países, un panorama en el que coexisten diferentes modos de producción, y en el que los intereses oligárquicos e industriales se mezclan y se complementan: “y son varios los casos en Latinoamérica en que, si bien se puede hacer la distinción

económico-social entre sectores productivos, no se puede aplicar esta distinción a sus agentes (individuos) que muchas veces son los mismos” (pág. 47).

En los países del tipo B, la industrialización se presentó de forma tardía y moderada en comparación con los del tipo A. Allí los efectos de las reformas liberales de la segunda mitad del siglo XIX fueron marcadamente restringidos por la oposición que las oligarquías locales presentaron, especialmente en defensa del latifundio. El hecho de que los enclaves –usualmente mineros o agrícolas– estuvieran en buena medida bajo control de capitales extranjeros ocasionó que las divisas fueran a dar a las metrópolis sin generar las dinámicas económicas industriales ni las bases para la formación de mercados internos nacionales. El control se ejerce sobre los sectores clave sistemática e intensivamente por parte de empresarios extranjeros. No se crearon las condiciones para un mercado interno extendido ni las clases nacionales dominantes logran transformar la estructura económico-social: “Una burguesía industrial [...] jamás la hubo”. Tampoco existió algo “siquiera parecido a un remedo de ‘revolución burguesa’” (pág. 79).

¿Es posible hablar de revolución burguesa en América Latina? Una de las propuestas que se encuentran en *El capitalismo dependiente latinoamericano* es la de leer los grandes movimientos populares del segundo tercio del siglo XX –el varguismo en Brasil, el cardenismo en México y el peronismo en Argentina– como vías por medio de las cuales las burguesías nacionales accedieron al poder modificando las relaciones oligárquicas que hasta entonces prevalecían. No fue una revolución en el sentido clásico de la Revolución Francesa, pero estos movimientos permitieron el ascenso “de los intereses de las respectivas burguesías industriales nacionales” (pág. 59).

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial y la emergencia de Estados Unidos como superpotencia se crean las últimas condiciones para la fase de integración monopólica que Bambirra identifica. En los años que siguieron, los capitales fluyeron crecientemente hacia América Latina –aunque en forma desigual, según cada tipo de Estado– y se fueron haciendo del control de nuevos sectores productivos. La entrada de capitales tendrá, entre otras consecuencias, el desplazamiento de las empresas nacionales y la desnacionalización de la propiedad privada de los medios de producción: “a partir de los años 50, la historia de las burguesías nacionales latinoamericanas, en aquellos países en donde han podido existir, es la historia de su integración al imperialismo [...] y del fin de sus proyectos”, dice la autora (pág. 96). Las circunstancias convierten así a las burguesías y a las oligarquías locales en clases *dominantes-dominadas*.

El libro recorre distintos factores que condicionan y determinan el avance de los capitales extranjeros. Destacan dos. Uno, el muy bajo desarrollo de la industria de bienes de capitales –para el que Brasil es la excepción–, que generó una depen-

dencia a la importación de maquinarias y ocasionó, asimismo, que estas máquinas ingresaran en forma de inversión, es decir, como capital-maquinaria. El segundo es lo que Bambilra llama el componente descapitalizador del capital extranjero: el envío hacia el exterior de la mayor parte de las utilidades de las empresas extranjeras trae como resultado la descapitalización de la economía local, que se ve finalmente reflejada en los déficit de la balanza de pagos. “Para suplir estos déficit se requieren las ‘ayudas’ externas por medio de préstamos [...] En pocas palabras [...] las inversiones extranjeras provocan una descapitalización que exige nuevas inversiones extranjeras” (pág. 105).

En los países del tipo B, las inversiones que llegan en la posguerra se centran y se intensifican en el sector primario exportador, pactan con las oligarquías y reducen el proyecto de la pequeña burguesía a un discurso nacionalista. La industria manufacturera que se instala desarticula la economía tradicional y recrudece la situación económica, especialmente en zonas rurales.

Los cambios de la integración global hacen que las contradicciones del capitalismo dependiente salgan a flote. Con los años, el crecimiento de la industria necesita, para sostenerse, de la expansión del mercado interno, y el reparto agrario aparece como una idea para llevar la industrialización y el modo de producción capitalista al campo. Algunos esfuerzos se hacen en este sentido, pero sus alcances son limitados. Los latifundistas se oponen porque la medida implica pérdidas de ganancias y de poder. El ascenso de las burguesías locales topa en y contra el latifundio, y el capitalismo dependiente es incapaz de resolver sus contradicciones. El resultado final del desarrollo dependiente es “el agudizamiento de las contradicciones entre la concentración del poder económico y político de las clases dominantes y el conjunto de la población dominada” (pág. 175). Y la única alternativa, concluye la autora, debe buscarse fuera del capitalismo.

A casi 50 años de su publicación, decir que el de Vânia Bambilra es un texto vigente es decir un lugar común. El libro es –sigue siendo– una herramienta para reinterpretar la historia de las economías latinoamericanas y también para aprender a reconocer algunas contradicciones allí donde otros ven “edades de oro”.

Vânia Bambilra, *El capitalismo dependiente latinoamericano*, México, Siglo XXI, 2011 (primera edición de 1974), 180 pp.